

## **De la comunicación a la prevención. Experiencia realizada en un centro educativo**

Por

Graciela Cartesio y Leonor Fierro  
Montevideo, Uruguay

**Descriptor:** drogas, centros educativos, prevención en la adolescencia, talleres, técnicas participativas.

- **Punto de partida**

Nuestro interés por trabajar en instituciones educativas se remonta a hace más de 10 años cuando, en nuestra experiencia hospitalaria, recibíamos con mucha frecuencia la demanda de adscriptos y docentes que concurrían a la consulta solicitando atención para los adolescentes y orientación para ellos mismos. Era habitual que los jóvenes les plantearan problemáticas propias o familiares que excedían a sus posibilidades de resolución desde su función.

Pareciera que la posmodernidad en la que estamos inmersos, ha dado lugar a una nueva estructura familiar, que ha cambiado su funcionamiento. Una de las características que se observan vinculadas a este tema, es que ha depositado ciertos roles, que le eran propios a las familias, en las instituciones educativas.

Precisamente, la presencia de representantes de liceos en un ámbito hospitalario, daba cuenta de la adjudicación de un rol, no tradicional, tanto a la institución como a los docentes y que ya estaba siendo asumido por éstos.

En todos los casos, esos adolescentes traídos a instancias de la Institución educativa presentaban bajo rendimiento además de otros motivos de consulta como trastornos de conducta, trastornos de alimentación, etc. Así, comenzamos a investigar la relación estrecha que había entre las dificultades de aprendizaje y los procesos de salud y enfermedad. Ya la institución educativa nos mostraba ese reconocimiento al ir a consultar a un equipo de salud mental para un joven que presentaba dificultades en el aprendizaje.

- **Qué nos propusimos**

Creímos necesario el aprovechamiento del espacio-liceo, lugar privilegiado para promover y favorecer condiciones de salud. Lugar de cotidianidad, donde se comparten alegrías, angustias, frustraciones, aprendizajes, y donde hay una red institucional y grupal que los contiene.

Hacer prevención en adolescencia nos desafiaba a abrir un espacio facilitando que los jóvenes pudieran compartir las angustias, contradicciones, frustraciones así como sus expectativas y proyectos.

La oportunidad de realizar el trabajo preventivo, nos la dio un liceo privado de un barrio céntrico de Montevideo, interesado en incluir dentro de los servicios a brindar, un equipo de salud.

Nos preguntamos cómo articular el trabajo del equipo de salud del Centro Hermes dentro de la institución educativa. Propusimos una metodología de trabajo desde una mentalidad comunitaria, considerando ese espacio educativo como una comunidad, con lo que implica de reconocimiento de su historia, de respeto por las características propias de esa institución, y el estar abiertas a escuchar los intereses de la población participante. Ésta estaría encargada de definir sus intereses, marcar sus ritmos y sus tiempos, delimitar tipos y grados de participación. El Centro Hermes, como agente externo, trabajaría en forma abierta de acuerdo a los intereses de cada grupo, así como con los docentes y el equipo de dirección; mientras que con los padres plantearía trabajar cada reunión con temas concretos, fijados en acuerdo con la Dirección que era quien nos transmitía las características y preocupaciones de los padres.

En todos los casos nos propusimos emplear técnicas participativas, que permitieran el reconocimiento de lo común a todos los integrantes para desde ahí compartir y colectivizar las experiencias. Pensamos que desde lo compartido se podía encontrar las diferentes formas de pensar los temas, con lo que implica de enriquecimiento para todos los participantes. Partimos de la base de que todos tenemos un saber y es posible crear algo nuevo compartiendo los saberes de cada uno en torno a una actividad común.

En ese sentido, privilegiamos los talleres como un espacio de crecimiento, de aprendizaje, integrador de salud. Los objetivos eran posibilitar un espacio donde pudieran reflexionar sobre lo que les estaba pasando, sus contradicciones y conflictos, sus cuestionamientos, brindar elementos de análisis que facilitaran la resolución de esos conflictos y la búsqueda de alternativas en los diferentes ámbitos de su desarrollo.

“De pronto, niños y adultos aprenden a aprender, se aprenden a sí mismos con otros, se sorprenden de saber y de poder, se miran en otros, son mirados de otra manera. Y, curiosamente, a los técnicos les ocurre lo mismo”. (Goldstein,S.)

- **Qué hicimos**

Hicimos una propuesta de trabajar desde la promoción de salud: trabajar con todos los grupos de adolescentes, con padres y con docentes. A diferencia de la forma tradicional en nuestro medio, de hacer prevención desde la enfermedad, o asistir al que fracasa en el rendimiento intelectual, nuestra intención era elaborar estrategias para favorecer las condiciones de salud y con ello las condiciones para el aprendizaje. En aquellos casos en que aparecieran problemáticas concretas se derivarían a una atención individual.

Trabajamos tres coordinadoras desde un equipo interdisciplinario, en talleres temáticos, proponiendo las técnicas y trabajando sobre la dinámica grupal.

En ese tiempo de tarea conjunta se estableció un encuadre, se usaron técnicas participativas: juego de roles, dramatización, collage, videos; pretextos para facilitar que el grupo dialogara, reflexionara, compartiera, con sus propios códigos, partiendo de su propia realidad y experiencias en común.

Cada taller tuvo un cierre, destinado para comentarios y síntesis, que tenían el propósito de disminuir las ansiedades movilizadas y dar lugar a la certeza y el descubrimiento de la producción lograda, su valoración y su internalización.

Del trabajo realizado en los talleres con adolescentes, padres y docentes nos extenderemos en relatar la experiencia realizada con el Segundo Año.

La institución se caracterizaba por ser de doble horario, bilingüe, con una gran exigencia en el rendimiento escolar. De la historia del grupo, se nos mencionó que el grupo llevaba muchos años de conocimiento mutuo, en tanto había mantenido a la mayoría de sus integrantes desde el pre-escolar, con un buen rendimiento intelectual, muy activos y creativos.

En la primera reunión, luego que la Directora nos hubiera presentado y se hubiera explicitado la propuesta, nosotros nos enfrentamos con una situación caótica: hablaban todos a la vez, se establecían diálogos superpuestos desde todos los ángulos del salón, unos gritaban para ser escuchados, otros insultaban enojados por no haber sido atendidos, otros criticaban y censuraban invalidando despectivamente lo que el otro decía, una chica callada y taciturna se quejaba de dolor de cabeza, mientras otras chicas gritaban por la ventana de un segundo piso piropos a los chicos que estaban en la esquina.

Optamos por trabajar desde el mismo caos, aceptando la forma de presentación del grupo. Lo primero que percibimos fue “lo ruidoso” el no poder o no querer escucharse: La comunicación verbal estaba perturbada.

Propusimos hacer una ronda donde cada uno de ellos debía presentar al compañero que tenía al lado, diciendo su nombre y una característica distintiva de ese compañero. La propuesta de ponerse en movimiento, hacer ruido con los bancos, atrajo su atención y se fueron incorporando a la tarea.

Fuimos con la propuesta de otra forma de comunicación: escrita, fuera del horario de reunión y anónima. Se elaboró con una caja lo que el grupo denominó “la cajita”. La consigna era que, quien lo deseara, pusiera en una nota los temas que cada uno consideraba que le podían interesar en lo personal y/o al grupo, que lo fueran depositando en la semana y luego lo abriríamos el día de reunión.

En el segundo taller nos esperaban interesados, curiosos por conocer los temas que surgirían de “la cajita”. Los temas propuestos fueron: “entender a una mujer por dentro y por fuera”, “embarazo”, “sueños eróticos”, “eyaculación precoz”, “potencia”, “sida”, “violación”, “droga y marihuana”, “tabaco y alcohol”. Fue muy evidente el agrado que les provocó el darse cuenta que todos compartían las mismas preocupaciones ya que los temas se iban repitiendo.

Habíamos encontrado lo común: todos parecían estar preocupado por los mismos temas. Lo cual contrastaba con la impresión que nos daban. En una primera etapa el grupo se nos presentaba heterogéneo, entre lo infantil y lo adolescente. Una parte del grupo se mostraba de manera agresiva y despectiva, mientras otros aparecían callados, tolerando el caos pero con interés de participar. Entre ellos se desprendía un líder, que ostentaba el saber en la experiencia; era un varón, un año mayor, repetidor, que frente a su fracaso escolar del año anterior, alardeaba de haber tenido su iniciación sexual, de ser “conocedor”, como lo describían ellos: “canchero y ganador”.

Para esa reunión eligieron trabajar el tema de sexualidad. Promovimos una dinámica en la que estuviese en juego la comunicación verbal facilitada por el juego de roles que les permitiría responder desde otro lugar diferente al propio y de ese modo no sentir que quedaban al descubierto. La consigna era dividirse en tres subgrupos, cada uno de los cuales representaba a niños, adolescentes y padres. Los dos primeros formulaban preguntas acordes a quienes representaban y el tercer subgrupo contestaba de acuerdo al rol asignado. Desde el juego de roles se facilitó el comprender a los demás desde su punto de vista y reconocer la variedad de criterios, valores y sentimientos que pueden haber.

Con sorpresa para nosotras, el trabajo en subgrupos, se desarrolló con entusiasmo e interés y pudieron producir con creatividad. En la puesta en común en plenario en cambio, nuevamente aparecieron las dificultades de comunicación.

Percibimos que cuando se trabajaba en subgrupos, eligiéndose entre ellos se lograba trabajar, desde la homogeneidad era posible dialogar; en cambio en el plenario cuando se confrontaban los diferentes grupos, surgían las diferencias, y allí aparecían las dificultades de comunicación, el enojo y la violencia.

Pese a las dificultades se pudo verbalizar que hablar de sexualidad les provocaba por momentos incomodidad, miedo, vergüenza, nerviosismo y sentirse expuestos, juzgados y criticados por los demás. Esta instancia nos permitió trabajar las dificultades para poder comunicar estos sentimientos y cómo, en su lugar, aparecía la incomunicación, la violencia en el tono de voz y en el vocabulario inadecuado.

Sabemos que en la adolescencia es prioritaria la expresión por el hacer más que por el decir. El grupo “dice” estar preocupado por temas como sexualidad y drogas. El grupo “hace” la comunicación imposible: no se escuchaban, se desvalorizaban los comentarios, se invalidaban las opiniones unos a los otros. ¿Habría algo temido a ser juzgado, a ser criticado, a ser comunicado en torno a lo sexual?

Nos preguntamos si esta dificultad sólo se presentaba con respecto al tema sexualidad o si también se mostraba en las clases curriculares o en otros ámbitos de la vida de estos adolescentes.

Al indagar con los docentes de este grupo, encontramos que el equipo docente lo veía como muy ruidoso, con dificultades para concentrarse y para acatar las reglas, que no estaban rindiendo de acuerdo a lo que se esperaba de ellos. A medida que se abre el diálogo surgen las diferentes estrategias que cada uno había empleado para controlar la situación. Ni los intentos por dialogar ni las sanciones habían dado resultado satisfactorio. Al ir reconstruyendo la historia del grupo descubren que esta situación resultaba nueva, se había instalado desde el comienzo de ese año. Alumnos que habían sido muy responsables y con muy buena escolaridad, comenzaban a mostrar desinterés por el estudio.

Para el siguiente taller el grupo eligió el tema drogas. En tanto creíamos que en este grupo lo productivo era seguir con el tema comunicación (atendimos más al hacer que al decir), optamos por hacer uso de otro medio de comunicación: el visual. Les

propusimos ver un video en el que habíamos grabado propagandas de cigarrillos y bebidas alcohólicas y un fragmento de una película donde, en forma subliminal, se mostraban las consecuencias del tabaquismo.

En el comentario de lo visto, fueron reconociendo los mensajes que daba la TV: la imagen del ser exitoso o popular asociada a fumar cigarrillos o tomar alcohol, o el disfrutar despreocupadamente de una salida asociada a un cigarrillo. Mientras otra parte del grupo se hacía cargo de explicitar la imagen de exitoso recibida desde sus familias: logros profesionales, económicos, responsabilidad familiar y de pareja.

A partir de ahí pudieron hablar de las contradicciones entre estos dos discursos el de la TV y el de la familia, las contradicciones entre el mundo actual y el de la época de los padres, lo que imaginan que se espera de ellos y las expectativas propias de futuro.

A medida que avanzábamos en el trabajo, iban tomando confianza para expresarse, podíamos hablar y escucharnos. Dio lugar a que, en otras instancias, el grupo pudiera preguntar, explicitar y trabajar lo que hasta ese entonces se mantenía como “no dicho pero sabido”, que tenía que ver con situaciones familiares, vinculadas a la sexualidad, que provocaban confusión: entre la aceptación y la censura.

A fin de año se realizó un taller de evaluación de lo realizado durante todo el año y se abordó específicamente el tema comunicación. El tiempo que llevábamos de trabajo conjunto, permitió que en este taller la técnica privilegiada fuera el lenguaje verbal. La consigna era reformular frases típicas de ese grupo (por ejemplo: “calláte tarada”) por otra que expresase el sentimiento propio, evitando la crítica o el enjuiciamiento del otro (de acuerdo a esa frase, ensayaron otras del tipo: “me gustaría que me escucharas cuando hablo”).

Se habló de la importancia de reconocer los sentimientos y las ideas propias para poder comunicarnos en forma clara, aceptar las contradicciones en uno mismo y las diferencias de opiniones con los otros.

Reflexionamos acerca de lo complejo que es lograr una buena comunicación, en cuanto a transmitir claramente lo que queremos decir y ser comprendidos por nuestro interlocutor.

Reconocimos que existe un lenguaje verbal y otro no verbal. A veces utilizamos ambos lenguajes en forma contradictoria, en cuyo caso, despertamos confusión, impotencia y enojo.

La buena comunicación implica un emisor que logre transmitir en forma clara, y un receptor dispuesto a escuchar y ser partícipe desde su vivencia de lo que escucha, para poder aceptar o rechazar de acuerdo a sus propias convicciones.

Se recordó cómo a principio de año tenían una forma de comunicación agresiva, que los hacía sentir humillados, criticados, descalificados. De cómo este tipo de comunicación entorpecía las relaciones interpersonales tanto entre el mismo grupo como con los docentes, afectando el interés por el aprendizaje, provocando malestares entre ellos, creando un clima de violencia en el aula. De cómo esta forma de relacionarnos afecta la imagen que tenemos de nosotros mismos, es decir disminuye nuestra autoestima.

Pudimos reconocer que en aquellas conversaciones donde nos sentimos valorados y respetados, nos sentimos gratificados y logramos sacar lo mejor de nosotros mismos.

En ese espacio creado, en las diversas dinámicas de taller, el grupo pudo reconciliarse con las diferencias que iban surgiendo, valorando los aportes que cada uno de nosotros íbamos haciendo desde nuestra experiencia y nuestros referentes. Al final logramos escucharnos.

En el taller de evaluación con los docentes se pudo rescatar la importancia que tienen los educadores en la vida de los adolescentes, dada la necesidad de encontrar adultos que no sean sus padres, ahora que quieren crecer y alejarse de ellos.

Se valoró la visión que pudieron construir ellos de ese grupo, que permitió trabajar conjuntamente entre el equipo de salud y el equipo docente, para elaborar estrategias donde se privilegiara el estar atentos a la dinámica grupal.

Plantearon que para ellos sería productivo continuar con esos encuentros entre docentes en tanto habían sido útiles para entender y tramitar lo que había provocado en ellos ese grupo de alumnos. Se reconocieron como interlocutores válidos para apoyarse y ayudarse entre ellos para, también, generar nuevas opciones de acción.

- **Comentarios**

La adolescencia, el tránsito de la niñez a la vida adulta. No ocurre de inmediato, es una etapa de la vida marcada por los cambios corporales, los cambios del individuo y sus relaciones con los demás. Crecer es aprender y aprender es cambiar. Es un lento proceso de aprendizaje no sólo para los adolescentes sino, también, para los adultos que convivimos o trabajamos con ellos.

Es nuestra responsabilidad, como adultos, promover condiciones saludables para ese crecimiento y aprendizaje de los adolescentes de hoy.

Una buena comunicación, aquella que nos hace sentir valorados y apreciados, es un elemento esencial para crear un ambiente saludable.

En el proceso de metamorfosis por el que transita el adolescente, y al decir de Françoise Dolto “pierde sus defensas, sus medios de comunicación habituales, sin haber sido capaz de inventar otros nuevos”, son vulnerables. Cuando todavía no tiene definido cómo es o cómo quisiera ser, la opinión del otro va a incidir mucho en la concepción de sí mismo. Por eso, el hacer el ejercicio de aprender a relacionarse con respeto, sin ironías ni humillaciones, podrá ayudar a reconocer como válidos los conceptos y sentimientos del otro tanto como los propios. En otras palabras, tomar contacto con los sentimientos que provoca en nosotros y respetar también el derecho de cualquier persona de expresar sus sentimientos.

En última instancia, colaborará con la autoestima, elemento esencial para el desarrollo de individuos seguros de sí mismos, que no dependan del criterio externo para sentirse bien.

A partir de esta experiencia, nos resultó evidente que si brindamos información pero el receptor no tiene disponibilidad de escucha, no se establecerá comunicación, el mensaje

va a ser despreciado, malentendido o minimizado. Cabe otra posibilidad, que pueda escuchar y aprender desde lo intelectual, pero del mismo modo, para ser aceptado por sus pares, los escuchará y obedecerá, al no tener el mecanismo interno para tomar decisiones propias.

Hacer prevención en la adolescencia, es ir más allá de la información de los riesgos y de cómo evitarlos; es ayudar a formar individuos seguros de sí mismos. El mayor desafío es encontrar la manera de que la información dada pueda ser aprendida y aprehendida.

Proponemos los centros educativos como el ambiente natural donde realizar esta propuesta de prevención. Allí, equipos de salud y equipos educativos, podremos construir conjuntamente estrategias para facilitar un ambiente de confianza donde los jóvenes se sientan respetados en sus convicciones, escuchados en sus dudas, tolerados en sus fallas, pero siempre estimulados a superarse y desarrollar su potencial.

En ese espacio compartido todos pudimos aprender de los otros y por consiguiente todos cambiamos, crecimos.

#### **Bibliografía consultada:**

Castanyer Mayer-Spiess, O.: *“El intrincado proceso de decir no”*, Madrid, Rev. de la Asociación Proyecto Hombre N° 42, Junio 2002, pp. 27-38.

Dolto, F.: *“La causa de los adolescentes”*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1990.

Dolto, F., Dolto-Tolitch, C.: *“Palabras para Adolescentes o el Complejo de la Langosta”*, Buenos Aires, Atlántida, 1995, quinta edición.

Goldstein, S.: *“Hacia una didáctica de la salud mental comunitaria”*, Montevideo, inédito, febrero 1993.

González Regadas, E.M.: *“Comunidad Terapéutica y trastornos duales”*. Montevideo, Psicolibros, 2001, especialmente el capítulo IV, pp.57-66.

Braconnier, A., de Ajuriaguerra, J., Marcelli, D.: *“Manual de Psicopatología del Adolescente”*, México, Masson, 1986; especialmente capítulo XVII, pp.351-368.